







ruinas y en un continente sacudido por la guerra se transformó en América en una nueva forma de relación con una historia joven y en una naturaleza virgen. De ahí surgen la alegría democrática y falsamente ingenua de Walt Whitman, el trascendentalismo de Emerson, el primitivismo de Thoreau o la nueva indagación del mal y la condena en Melville. Y de ahí proceden también los fragmentos visionarios de Emily Dickinson. Emerson postulaba claramente una reconciliación del hombre con la naturaleza, con la divinidad, una tarea que, según él, le estaba encomendada al poeta, al que definió como «el Bautista, quien crea el idioma»:

El poeta pone nombres a las cosas, a veces por su apariencia, a veces por su esencia; dándole a cada una el suyo y no el de otra; regocijándose por tanto con la facultad intelectual, la cual halla a su vez deleite en tal separación o límite. Los poetas crearon todas las palabras, y por eso el lenguaje es el archivo de la historia y, hay que decir, una especie de mausoleo de las musas. Pues, aunque el origen de la mayoría de nuestras palabras se ha olvidado, cada una era al principio un golpe de genio, y lograba credibilidad en su uso al simbolizar el mundo para el primer hablante y el primer oyente. La ciencia de la etimología enseña que la palabra más muerta fue una vez una resplandeciente estampa. El lenguaje es poesía fosilizada. [4]

Esa concepción bautismal del lenguaje que puede volver a nombrar el mundo —y que contrasta con la crisis finisecular de Europa, por ejemplo en Hofmannsthal— fue completamente asumida por Stevens, para quien muchas veces el poema consiste en una mera combinación y complicación de palabras que van creando una atmósfera y que producen al final el efecto de un encantamiento. En ese sentido, no tiene rival en su generación, pues fue el único que creó